

LA CONFESIÓN  
DE ALMA

LAURA  
MÉNDEZ  
DE  
CUENCA





**NOVELAS** en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)



# LA CONFESIÓN DE ALMA

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

**Sofía Mateos Gómez**  
Presentación

**Roberto Sánchez Sánchez**  
Edición y notas

Novelas en Tránsito  
Primera Serie, 14



*La novela corta. Una biblioteca virtual*  
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Braulio Aguilar, Joshua Córdova, Gabriel M. Enríquez Hernández,  
César García Gómez, Gustavo Jiménez Aguirre, Verónica Hernández  
Landa Valencia y Luz América Viveros Anaya

Laura Méndez de Cuenca, *La confesión de Alma*

*La Novela corta: una biblioteca virtual*

Primera edición: 26 de agosto de 2011

Segunda edición: 4 de octubre de 2022

D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Círculo Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional  
de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Gonzalo Fontano

ISBN Obra completa: 978-607-30-6807-9

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

## ÍNDICE

Presentación. En aquel apartado país: el romanticismo cosmopolita de <i>La confesión de Alma</i> <i>Sofía Mateos Gómez</i> .....	5
<i>La confesión de Alma</i> .....	19
Noticia del texto .....	53
Laura Méndez de Cuenca. Trazo biográfico .....	55
Notas .....	57

## PRESENTACIÓN

En aquel apartado país: el romanticismo  
cosmopolita de *La confesión de Alma*  
Sofía Mateos Gómez

Laura Méndez de Cuenca es recordada en buena medida por haber llevado una vida extraordinaria para su época, plena de aventuras, viajes, tragedias y logros. Paralelamente al interés que suscita su biografía, destacan su exitosa carrera docente y su trayectoria como escritora y periodista profesional, bastante singular en el tiempo que le tocó vivir. Hoy día —después de unas cuantas décadas de casi olvido— su figura y su obra suscitan el interés de quienes buscan los orígenes del feminismo mexicano actual, así como el de aquellos interesados en comprender el sistema educativo desde el México porfirista hasta el posrevolucionario. No faltan —como es nuestro caso— los que ven en su obra literaria y periodística una producción excepcional, tanto por sus condiciones materiales como por su estilo y calidad.

Entre los ires y venires de su impetuosa vida, durante uno de los periodos más agitados, Laura Méndez de Cuenca dio a conocer *La confesión de Alma*. Al momento de su escritura y publicación, la autora se encontraba en San Francisco. Viuda, con dos hijos, y después de perder su trabajo, se había trasladado a esta ciudad estadounidense en busca de nuevas oportunidades. San Francisco le ofreció un ambiente cultural enriquecedor, que le permitió (a pesar de su limitada economía) moverse entre librerías, bibliotecas y tertulias literarias, así como entrar en contacto con una incipiente ola feminista estadounidense. Aunque inserta ya en el ámbito intelectual de San Francisco, no dejó de mantener un pie en su lugar de origen, pues enviaba con frecuencia artículos a *El Imparcial*, *El Mercurio* y *El Diario del Hogar*. Con la intención de fomentar el intercambio cultural entre el ámbito hispánico y anglosajón del continente, fundó en 1895 la *Revista Hispanoamericana*, junto con un socio, José Schleiden. Esta publicación bilingüe, distribuida en parte de Estados Unidos, México, el centro y el sur de América, muy pronto tuvo gran éxito. Por desgracia Schleiden, aprovechando un descuido legal, se apropió de la revista sin mayor explicación.

En medio de estas turbulencias apareció *La confesión de Alma*, en 1896, editada por *El Mundo*. *Semanario ilustrado*. Puesto que la autora tenía ya un importan-

te renombre en el ámbito periodístico, su publicación no pasó desapercibida: tanto *El Diario del Hogar* (25 de abril de 1896) como *La Raza Latina* (26 de abril de 1896) mencionaron con entusiasmo la reciente aparición de una “novela escrita especialmente para *El Mundo*” por Doña Laura Méndez de Cuenca.

Para ese momento, Méndez de Cuenca guardaba sin duda una importante relación con *El Mundo*, cuya sección literaria había dirigido unos años antes, de 1888 a 1889. Además de esta novela corta, una buena parte de su producción de esos años apareció en esta publicación; aquí se encuentran poemas, reseñas, relatos, crónicas y artículos de opinión.

Si bien la década entre 1890 y 1900 representa un periodo complicado, resultó muy fructífero en la trayectoria de la autora y dio pie a otro decenio de enorme producción literaria. *El espejo de Amarilis*, su novela costumbrista, aparece poco después, en 1902, en la linotipia de *El Mundo* y *El Imparcial*. Entre 1907 y 1910 redacta sus *Impresiones de viaje. Desde Europa*, una sección de crónicas para *El Imparcial*, donde también publica varios relatos, en particular desde 1908. Un año antes se edita *El Hogar Mexicano* y su volumen de cuentos *Simplezas* ve la luz en 1910.

Esta etapa tan productiva coincide también con su época más nómada: además de los años en San Fran-

cisco (1891-1898), la vuelta de siglo encuentra a Laura en San Luis, Misuri, y sólo dos años después de su regreso a México en 1904, viaja a Berlín, en ambos casos encargada por el gobierno porfirista con el objetivo de observar y estudiar la pedagogía extranjera.

A nivel de estilo, *La confesión de Alma* se ubica dentro de una fase de la producción de Méndez de Cuenca donde un romanticismo, ya bastante trabajado, presenta de pronto asomos de un incipiente (y quizás nunca plenamente desarrollado) modernismo, en el que la autora incursiona hacia la vuelta de siglo —si bien esto es más patente en su poesía que en su narrativa—.

En cuanto a su forma, hay diversos elementos que nos permiten categorizar *La confesión de Alma* como novela corta, si bien su adscripción genérica ha fluctuado a lo largo de la historia de su recepción. Al momento de su publicación fue descrita (tanto por *El Mundo. Semanario ilustrado* como por otros textos que la mencionaron o reseñaron) como “novela”, mientras que en su reedición del 2011 (en el segundo tomo de las obras completas, *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*) se la ubica dentro del apartado de los cuentos de la autora, al igual que se hace al incluirla en la antología *Cuentos criminales*, editada en el 2020.

La pregunta por su clasificación genérica es sin duda pertinente, pues en el siglo XIX —y más aún en el

contexto hispánico— no se contaba con un término fijo para denominar el tipo de narración que es *La confesión de Alma*. Podemos considerar, así, que este texto pertenece a una primera etapa de la tradición narrativa de la novela corta mexicana, cuando aún no se categorizaba como tal, pero comenzaba a mostrar elementos característicos del género —por ejemplo, concisión y precisión de la trama, la concentración en el desarrollo de unos pocos personajes y el enfoque en la intensidad de una situación específica—.

Más precisamente, *La confesión de Alma* evoca la variante romántica de la novela corta, donde aparecen temáticas como el amor desbocado que precipita a la tragedia, la tensión entre la razón y las emociones o la melancolía frente a una sociedad cruel e indiferente. La novela corta de Méndez de Cuenca tiene tanto elementos que la asocian a novelas cortas románticas de tradición anglosajona —*Mathilda* (1819) de Mary Shelley o *Fanshawe* (1827) de Nathaniel Hawthorne—, como elementos típicos de la tradición mexicana —*Antonia* (1872) de Altamirano o *El pastor Corydón* (1895) de Manuel José Othón—.

En *La confesión de Alma* asistimos, junto con el narrador, a un ambiente por completo cosmopolita, pues el relato-marco que introduce la historia de Alma tiene lugar durante una sofisticada reunión en casa de una

dama de sociedad: la señora De Stevenson, quien cada viernes reúne a un selecto grupo de amistades en una tertulia donde (lejos de los vulgares chismes que entretienen a las masas) se desarrollan discusiones filosóficas y se discuten los eventos políticos de actualidad. En el contexto de una de estas discusiones, el narrador (periodista de oficio) menciona la frialdad de los ingleses para evitar preguntas sobre una ejecución pública y deslizarse con sutileza hacia el comentario sociológico. Una de las más elocuentes asistentes a las tertulias, Bertha Wilson, entonces, decide evocar la desafortunada historia de Alma Hyer: abnegada y dulce, pero poco atractiva, perdidamente enamorada de un inglés frío como el hielo, sin esperanza alguna de ser correspondida.

Tal como en los hitos clásicos del romanticismo, en *La confesión de Alma* hallamos numerosas instancias de la asociación de paisajes y elementos naturales con los estados emocionales de los personajes. El narrador, que al inicio describe con gran cinismo unas ejecuciones públicas, reconoce después, al sentir el frío húmedo y la pesada atmósfera de San Francisco, que a pesar de todo ese “cuádruple homicidio” que le tocó presenciar sí tuvo un fuerte efecto sobre sus nervios. La lluvia fina y el viento quejumbroso del invierno acompañan el reconocimiento, en la desafortunada Alma, de la fuerza y

la irreversibilidad de su enamoramiento. Su confesión, más adelante, ocurre acompañada de una puesta de sol, en una tarde de cuaresma. Esta estrategia narrativa no solo contribuye a colocar *La confesión de Alma* entre las obras plenamente románticas de su autora, sino que también constituye una forma de brevedad que la ubica dentro de la tradición de la novela corta. Al acudir a símbolos ya fijados (la melancolía de la lluvia y el viento, la oscuridad del invierno, la cuaresma como tiempo de penitencia y de luto), la autora logra intensificar la descripción de los estados emocionales —núcleo fundamental de la historia— de manera sintética y puntual.

Los vientos helados y el mar ajeno, el medio ambiente que refleja e intensifica las emociones de los personajes, son elementos que encontramos, más allá de *La confesión de Alma*, en varios poemas y relatos de Méndez de Cuenca de la última década del siglo XIX. En el poema “Rayo de sol” (1890), por ejemplo, el frío invernal se corresponde con la melancolía de la voz lírica: “No pesan en mi espíritu tus brumas, / enero melancólico; tus nieves / no apagan la memoria de las breves / horas de fe que en mi recuerdo esfumas”.

Y el paralelismo entre el paisaje y los sentimientos viene de la mano con una oposición entre éstos y la razón. La narradora, que en la tertulia cuenta las desgracias de Alma, alude en varias ocasiones a una falta de

prudencia —llamada de pronto indiscreción, de pronto necesidad—, provocada por un sentimiento desbordado y devorador. Tal como se proclama en el cuento “La venganza” (1903): “Quizá por lo que el amor tiene de egoísta, es más precoz que la conciencia”.

Ahora bien, cabe mencionar que, si estas pasiones desbordadas, estos ambientes neblinosos y las descripciones explícitas de ejecuciones y crímenes que abren el relato pueden recordarle al lector de *La confesión de Alma* las atmósferas del gran clásico del romanticismo, Edgar Allan Poe, este hecho probablemente no sea una casualidad. Méndez de Cuenca estaba familiarizada con la obra del narrador estadounidense, tanto así que el 14 de junio de 1896 publica en *El Mundo. Semanario ilustrado* su propuesta de versión española del poema “Annabel Lee”:

No felices los ángeles, celos  
 les causó nuestra dicha de aquí;  
 y por esta razón todos saben  
 en aquel apartado país,  
 que una racha de viento dio muerte,  
 una noche, a mi hermosa Noemí.

A estos elementos compartidos con un romanticismo anglosajón, Méndez de Cuenca suma un rasgo

importante de su equivalente hispanoamericano. En *La confesión de Alma* encontramos (ya que no una alusión a la naturaleza o a las tradiciones locales, ni a personajes arquetípicos) una mordaz crítica social: por un lado, a los estadounidenses, cínicos y vulgares en su consumo ávido de escándalos; y, por otro, a la cultura inglesa, voraz y decadente, “con sus ideas monárquicas [y] su ambición de oro para apuntalar sus viejos castillos señoriales que ya se desmoronan”.

Las contadas instancias de un preciosismo de tintes modernistas están rodeadas en *La confesión de Alma* de una narrativa más bien mordaz y desencantada. Hemos mencionado ya cómo la descripción cruda de la corporalidad salta a la vista desde las primeras líneas del texto, que enfocan de cerca los ahorcamientos presenciados por el narrador (“un verdadero festín de carne humana”). Esta mirada descarnada hacia los cuerpos tiene, entre sus efectos, que las descripciones de los personajes femeninos, en la obra de Méndez de Cuenca, adquieran características únicas que las alejan del estereotipo simple: el personaje de Alma no sólo es descrito con una franqueza que raya en lo cruel (no menos de tres veces se resalta su fealdad), sino que también funciona dentro del relato como la encarnación de un tema que aparece en diversos momentos de la producción de Méndez de Cuenca: la vejez irrepara-

ble, la nostalgia por la juventud, el paso ineluctable del tiempo. Este tópico aparece en el mencionado poema “Nieblas” (1887), pero es aún más explícito en “Sombras” (1888):

Vense en caleidoscópico miraje  
 las dichas muertas, las promesas vanas;  
 la juventud que se apercibe al viaje  
 se lleva sueños y me deja canas.  
 [...]  
 Qué recio es el combate de la vida,  
 qué escasos nuestra fuerza y nuestro brío;  
 y al fin caemos con la fe perdida  
 de la cripta en el páramo vacío.

Las canas son, al igual que en *La confesión de Alma*, el signo que alerta de la pérdida de la inocencia, el candor y la esperanza características de la juventud. Si el hito climático de la novela corta es sin duda el instante de la confesión, es claro, sin embargo, que el punto en el que Alma reconoce su cabello canoso marca un parteaguas en el proceso psicológico del personaje.

Así como otros personajes femeninos en los cuentos de Méndez de Cuenca, así como en su novela *El espejo de Amarilis*, Alma es una construcción compleja:

ni es determinada solo por su apariencia, ni definida desde su función social, sino como un entramado de características y de circunstancias, de procesos emocionales y de vivencias que irán poco a poco tejiendo su destino.

De esta forma, *La confesión de Alma* logra ahondar en la intimidad de un personaje y retratar vívidamente un suceso crucial de su vida, dentro de un relato conciso y cerrado en sí mismo. Pocos otros personajes son descritos con minucia en esta historia: las dos tertulianas *mrs.* Stevenson y *miss* Wilson (esta última destaca por su rebeldía frente a las normas de género) y Reginald Morton. Aunque breves, sus caracterizaciones apuntan a seres complejos, ni sometidos por completo a las exigencias sociales de sus tiempos, ni simplificados por la extravagancia.

Por último, es necesario destacar la singularidad de esta novela corta entre la narrativa de Méndez de Cuenca. *La confesión de alma* se desmarca por alejarse del estilo entre naturalista y costumbrista que la autora solía cultivar en sus relatos, con frecuencia protagonizados por personajes cuya condición social y origen sugerían sus destinos. Además, en buena parte de su narrativa, Méndez de Cuenca transmite preocupaciones relacionadas con la educación y la higiene; es el caso de “Estaba escrito” (1890), la novela corta *La*

*Venta del Chivo Prieto* (1902, también publicada en esta colección), “La venganza” (1903), “El cinematógrafo”, “El milagro de San Panuncio” o “El pantalón claro” (los tres de 1908). En todos ellos, la acción se localiza en México o en un espacio imaginario que se le parece mucho y con frecuencia incluyen descripciones (a menudo humorísticas) de los hábitos, los rasgos culturales y la situación social de los personajes.

*La confesión de Alma* se encuentra, en cambio, a plenitud en un periodo romántico de la producción de la autora, presenta una historia que destaca por su sutileza e intimismo y pinta un ambiente cosmopolita poco común en el entramado de su obra.

Quien se acerque a esta novela corta, no espere una aventura extraordinaria (quizá como las que fascinan tanto en la biografía de su autora) ni un desenlace sorprendente; acérquese a esta narración con la consciencia de que su gran valor está en la construcción sucinta, pero cuidadosa y paulatina, de los ambientes, de los estados de ánimo, de las sutiles transformaciones en los personajes. Asuma que cada metáfora y cada alusión están ahí por una razón: ningún elemento resulta superficial ni prescindible.

Las y los lectores que conozcan ya la obra de Méndez de Cuenca descubrirán en esta novela corta un texto único dentro de su producción; y quienes estén

descubriendo aquí por primera vez a la autora encontrarán que *La confesión de Alma* es una excelente puerta de entrada a un universo narrativo amplio, complejo y bien poblado.

LA CONFESIÓN DE ALMA

## LA CONFESIÓN DE ALMA

**V**ienes... día de ahorcado. Pero aquel viernes, 5 de febrero, nos despachamos con el cucharón. A nombre de las leyes del Estado, habíamos mandado al cadalso a cuatro víctimas: un verdadero festín de carne humana. La vindicta pública debió sentirse ahíta; nosotros lo estábamos también, ¡pues, ya lo creo! Largas crónicas, abundantes ilustraciones, mucho teje maneje reporteril y luego una tirada fabulosa: la mar de periódicos. Aunque he de decirlo sin que me quede nada dentro: no eran los infelices sacrificados los que nos daban contingente aquel día; los crímenes que les costaba la existencia habían sido explotados a su debido tiempo, algunos de los cuales dieron tanto que decir cuando andaba el cuento por la corte, que nada nos quedó por desmenuzar el día de la ejecución. Uno, sin embargo, estaba bastante fresquito y nuevo, y aún se le podía sacar jugo.

Era este caso el de un pescador griego que, enamorado de su esposa hasta la locura, le había disparado dos tiros a boca de jarro al punto que ella acababa de pedir divorcio para casarse con su amante y, valiéndose

de testigos falsos, acusaba al marido de cruel. La desdichada había caído redonda en medio del arroyo de donde nunca debería haber salido; y el futuro cónyuge, que al pronto no alcanzó a ver de qué medios se servía la Divina Providencia para protegerle, entregó el delincuente a la justicia.

Acabada la labor periodística del día, pasé la mirada por mi libro de memorias:

Representación de *Julius Caesar* en el Baldwin, por la Compañía Wardes y James,<sup>1</sup> primera función de la temporada; concierto en el Metropolitan Hall, con estreno de artistas laureados en academias particulares...

...y música plagiada con arreglo a las leyes de los Estados Unidos: la romanza de *Martha*, *La flor* y un vals de Juventino Rosas que a la sazón andaban de teatro en teatro cubiertas por una firma norteamericana.<sup>2</sup> Repasando el *memorandum* hasta el fin, hallé esta línea:

Recepción ordinaria en casa de la señora De Stevenson.

¿Para qué era saber más?

Llegué allá cuando estaban al caer las nueve de la noche. En el centro, todavía los chiquillos ofrecían por un níquel la correspondencia del tranvía y la novena

edición de un diario de la tarde con *All about the execution*, es decir, la descripción menuda de nuestro salvaje atracón de la mañana.

El viento del sudoeste barría la ciudad de abajo a arriba y arremolinaba a mis pies hojas secas y basuras que chirriaban, anunciando un temporal próximo y violento.

La luna se ahogaba entre la bruma y parecía surgir trabajosamente del fondo del mar desvanecido, en medio del cual, brillaban débilmente las luces de los vapores anclados, y como en segundo término las de los pueblos que bordeaban las costas vecinas. En mitad de la bahía, como un fantasma lúgubre, alzábase el Monte Diablo; escueto y solitario peñón donde suelen posarse las gaviotas. Buen rato llevaban las nubes de estar arremolinándose sobre las mesetas del lomerío, hasta que por fin acabaron por borrar en el cielo, la luna; en el horizonte el mar y a mi alrededor, la ciudad entera con las torres góticas de sus iglesias cristianas y los dombos bizantinos de sus magníficas sinagogas. Hacía frío húmedo, y la atmósfera pesaba sobre mi ánimo rebajado por el recuerdo del cuádruple homicidio que no me había sido posible apartar de la memoria, teniendo en imposible tensión mis nervios todos.

Compadezco a los que no hayan asistido a los “viernes” de la señora De Stevenson, mujer incompara-

ble por su hermosura y su talento, y distinguida por su gusto exquisito y su elegancia. Más de una vez he adivinado una promesa en sus ojos negros que centellean bajo los arcos triunfales de sus cejas de hebrea, un tanto respingaditas hacia las sienes; y en su busto airoso y su cabeza erguida y morena he creído ver a aquella judía por cuya mano sacrificó Jacob catorce años de libertad.

La señora De Stevenson era judía de raza, de religión y de costumbres. Su doctrina era amar lo justo, hacer lo bueno y no desear al prójimo más que lo que para ella misma hubiera deseado; de ahí que en su salón ni se daba cabida al chismorreo femenino ni se compadecía al vecino arrancándole a tiras el honor y el pellejo. La sencillez artística de la señora De Stevenson era más bien en ella un símbolo de la verdadera mujer israelita.

A mi llegada, la adorable señora me presentó a las personas que eran para mí desconocidas en la reunión: dos recién admitidos a los “viernes”, que voy a presentar a los que por estas líneas pasaren su curiosa mirada.

Uno de ellos, *mister* H. J. Chapell, era un viejo verde a quien de vista y de oídas había yo conocido en parajes que no viene a cuento nombrar aquí; y, la otra, la señorita Bertha Wilson, solterona de treinta y cinco, seca, desgarbada, bonita de facciones, aunque algo

bizca del ojo izquierdo. Gastaba espejuelos de varilla dorada; sombrero y camisa de hombre con chaleco y corbata de *idem* en los días lluviosos; pero en los plácidos y asoleados, solía llevar una boina con plumas de gallo puestas al sesgo; y sólo en ocasiones muy solemnes, usaba prendas de vestir de corte elegante y propias de su sexo. Deleitaba *miss* Wilson por su instrucción, y la claridad de su inteligencia le permitía discernir sobre cualquier asunto por intrincado que fuese.

No hacía ella ascos a discusión alguna, pues de todas sabía salir siempre pavoneándose y con la frente ceñida del laurel del talento. Estas victorias continuas halagaban su amor propio femenino y la orillaban, a menudo, a promover cuestiones arduas donde lucirse; porque, palabra que ella estaba bien segura de lucirse sacando todo el partido que le era dable de una sociedad como la nuestra, en la que un hermoso perro o un caballo de alzada son tenidos como cosa de más valía que una mujer bella y de corazón bien puesto.

La concurrencia no era mucha ni estable: desocupábanse los asientos con frecuencia para ser de nuevo invadidos por gente recién llegada; no cesaba la campanilla en su repiqueteo estridente que nos alteraba los nervios, ni la moza francesa, guapa y bonita, con delantal blanco y toquilla de encajes rizados, que estaba de guardia en el vestíbulo, dejaba de acarrear en azafate dorado

tarjetas anunciando a la señora de la casa los nombres, categorías y empleos de cada una de las visitas.

El ajetreo de entrantes y salientes nos obligaba a los íntimos a compartir con el ama la tarea de los honores; sin que pudiéramos meter baza en cierta conversación amena y sabrosa con que la señorita Wilson entretenía a unas cuantas personas, en un rincón del estrado, donde los leños que crujían en la chimenea echaban rojizos resplandores, dibujando sobre los arabescos de la alfombra siluetas temblorosas e informes.

Con cada uno de los que llegaban había que hablar por turno de las calamidades que se nos habían echado encima: la invasión de los chinos que nos tenía arruinados, la amenaza de que los japoneses nos arrebataran el pan de la boca apoderándose de las industrias locales, el aumento de la criminalidad en los últimos tiempos, nuestras cinco mil cantinas, la baja de la plata; todo, todo lo habíamos agotado ya, dándole mil vueltas y vistiéndolo de mil colores; pero nadie osaba tocar el escándalo del día en que versaban un clérigo encopetado y dos damas de la buena sociedad.

Eso sí que había sido para los periodistas el vellocino de oro; pero ¡bien nos guardaríamos de pregonarlo!

Nadie, por supuesto, se había revolcado en el fango de que los periódicos están llenos: cada una de las apreciables damas de la reunión y los caballeros todos,

pasaban por alto aquellas inmundicias, y no faltó quien se manifestara resuelto a borrarse del *Examiner* si persistía en publicar los pormenores del clerical proceso. El señor Chapell era de este parecer y a su dictamen se adhirieron los contertulios todos.

¡Qué cosas alcanzábamos, señor mío; pero sí qué cosas! Ayer una mujer descuartizada flotando en pedazos en la bahía, un crimen cometido para ocultar otro más inicuo y repugnante que coser a un hombre a puñaladas; luego, el doble parricidio cometido por un joven de buena casa, impaciente por heredar a sus viejos padres; después, las dos muchachas ultrajadas y estranguladas en un templo protestante; y ahora... ¡Ah, bien empleada estaba esa horca que segaba, los más de los viernes, estos campos cubiertos de maleza!

Sin leer las atrocidades que nosotros los noticieros exhumábamos para mantener en los periódicos el escándalo, damas y caballeros lo sabían todo. Porque, es claro, aquello flotaba en el aire; nadie podía taparse los oídos cuando los papeleros voceaban los sucesos del día, ni era cosa de amordazar al chico que conducía el ascensor, ni tampoco había para qué sacarle el bulto al vecino que nos encaraba preguntándonos:

—¿Pero, ha visto usted cosa igual? Yo estoy horrorizado.

A lo que la vecina agregaba:

—Esto me enferma: no quiero ni pensar en ello. Figúrese usted que “ella” tomaba morfina a carretadas y “él” era una cosa atroz...

Y con todo este que te fue y que te vino, no había modo de ignorar ni lo que oyó el juez ni lo que se negó a declarar el acusado, ni la suma más o menos larga que los defensores habían depositado en el banco para sobornar a los jurados.

Pero tales conversaciones, como he dicho ya, no se tenían en casa de la señora De Stevenson sino en diálogos muy cortados y a espaldas de la dueña de la casa. ¡Buena estaba la señora De Stevenson para consentir que su salón se enlodase con tales porquerías! Entre un caballero que llega y dos amigas que se retiran, un pisaverde de veintitantos años que se despepitaba por imitar la apostura gallarda de Oscar Wilde,<sup>3</sup> puso el dedo en la llaga, trayendo a colación el proceso del ministro y comparsa, y relató en un santiamén, casi textualmente, el cuestionario de la audiencia de aquella mañana, a lo cual *miss* Wilson dio feliz solución antes que la señora De Stevenson volviese a ocupar su puesto en el estrado.

La conversación, hábilmente guiada por Bertha, cambió del espinoso rumbo de la chismografía callejera al despejado y límpido de la legislación penal; campo amplísimo en que la inteligente dama expresó hermosas utopías que todos tragamos saboreándolas como

una delicada golosina. Desde Licurgo hasta Lombroso pasaron en desfile por aquel pico de oro legisladores y filósofos; y los casos y las pruebas de la inutilidad de la pena de muerte se menudearon en forma más o menos anecdótica, siempre conmovedores, patéticos y llenos de interés. Una señora histérica se emocionó a tal grado que hubo que darle a oler sales, pues no había dejado de hacer pucheros durante la peroración, y nos anunció que no tardaría en desmayarse.

Nadie había mencionado a los ahorcados de aquel día; los que yo había visto subir a la trampa, y luego, con el gorro negro, caer...

Instigado por el mozalbete petulante que se obcecó en interrogarme, exclamé sin pensar casi en lo que decía:

—¡Qué valor, qué serenidad, qué sangre fría! Sobre todo, la del inglés; ése sí que supo enseñarnos a morir.

*Miss* Wilson me paró el golpe interrumpiendo:

—¡Oh! La flema británica... Los ingleses son máquinas que comen: desventaja que no los recomienda en los tiempos que corren, económicamente hablando, por supuesto. Por lo demás, ya hemos visto que son conquistadores y tercios por añadidura. Poseen la mitad del mundo y corren en pos de la otra mitad para conquistarla a mordiscos, si es que pueden hacerlo con la boca cerrada y sin ajarse el traje de etiqueta.

—No están fuera de la humanidad —replicó la señora De Stevenson—. Me los figuro tan capaces del heroísmo y del crimen como a los demás hombres. Eso que por característico se tiene en los pueblos, entiendo que es más bien influencia de clima y de medio ambiente, que de educación y de raza. Trasplantad a los hombres como a los vegetales y tendréis otras especies modificadas por la asimilación de elementos extraños a su naturaleza. El inglés de las islas británicas no tiene nada de común con el inglés de las colonias, como el colono de América en nada se asemeja al colono de India. Una misma bandera, una misma patria; pero eso no es más que convencionalismo puro; vamos, que nadie quiere dar su brazo a torcer en aquello del patriotismo. En este país cosmopolita todos los hombres se adaptan al medio en que viven, y por lo mismo, marchan unidos al progreso y a la riqueza por el mismo camino: economía y trabajo.

—Yo no digo que no —respondió *miss* Wilson—, pero se dan casos que desmienten la regla. Bueno... las excepciones, es claro; pero lo que no tiene quite es darse uno de boca contra una excepción. Cierto es que a este estercolero del mundo nos vienen unas muestras... Deberíamos vivir en constante exhibición.

—Vamos, me dirán ustedes que los alemanes son aquí filósofos, músicos, poetas. En una palabra, ¿hay

por acá esos sabios que nos dejan con la boca abierta cuando la emprenden con las ciencias exactas? Díganme ustedes dónde están los lienzos de nuestros pintores, dónde nuestras esculturas, dónde nuestra música, dónde nuestras obras docentes. Y contamos los alemanes por millones; pero éstos, como los criollos, abren surcos a máquina, y lo propio hacen el italiano y el francés, el holandés y el sueco.

—Tenemos poder absorbente —agregó el señor Chapell— y damos con la hospitalidad, al extranjero, nuestro ejemplo de honradez y trabajo, imprimiéndole nuestro sello inmortal de grandes y libres.

—Pues con todo, a Inglaterra nada se le da, y sus súbditos siguen tan campantes con sus ideas monárquicas, su ambición de oro para apuntalar sus viejos castillos señoriales que ya se desmoronan... Y tienen, como siempre, la misma flema, y... hasta aquella limonadita que corre por sus venas... ¡Ah, qué rico refresco si pudiéramos beberles la sangre!

*Mister* Chapell, tan circunspecto como nunca lo estaba en los sitios donde yo lo había conocido, se sentía ya con el cerebro exhausto; el obligado tema de la temperatura y las plagas sociales le había vaciado el magín; mas no queriendo darse por vencido, se aventuró a terciar en la conversación para sacar a relucir lo que quedaba inédito de su literatura, pepenada en

diarios y revistas, únicos impresos en que solía picotear los frutos del saber, a solas, en su cuarto de célibe. Por fin dijo entre dos suspiros:

—¡Ay, señores, los ingleses tienen mucha suerte en América: se llevan nuestro oro y nuestras mujeres ricas! Incontables son los nobles arruinados que se han alzado con el matrimonio, cuando menos, medio millonaje... Y la verdad es que, en buen derecho, las herederas nos deberían pertenecer a nosotros, los de casa. ¡Ay, sí, sí...!

Y cerró los ojos sin concluir la frase, como lo hacía en el salón de fumar del *club* cuando se desquijaraba por tirar humo de un habano contrahecho, “por manos blancas”, como se dice por acá, apurando muy pulcramente a medios vasos, botella tras botella de *whiskey* de la marca más prestigiada en el mercado.

—Ellas tienen la culpa en todo caso: dan su hermosura, sus millones y tal vez su felicidad por maridos como el príncipe de... el conde de... y lord... —Aquí George Wallace, el gomoso lampiño que pretendía parecerse a Oscar Wilde, acariciándose la barba sedaña y empolvada de velutina, mentó dos o tres títulos europeos que todos conocíamos por sus escándalos en la ciudad, añadiendo:

—Nosotros trabajamos hasta en la vejez y esos señores ingleses nos acechan como piratas y nos roban a cara descubierta.

—¡Exageración, exageración! ¿Qué han de hacer los pobres si nosotras los amamos de veras? ¡Pues no, sino que nos habían de rechazar con millones y todo! ¿Habría alguno de ustedes que se asustara porque una inglesa hermosa le trajera con su mano, apellidos ilustres y títulos de nobleza?

A tal pregunta de la señora De Stevenson, *miss* Bertha respondió:

—¡Si no fuera más que eso! Pero el hecho es que los ingleses no tienen corazón o si lo tienen lo guardan en el arca mientras vuelven de América. Vaya, una prueba al canto: ¿Se acuerda usted de Alma Hyer, querida mía?

—Sí que me acuerdo. No era hermosa en verdad; muy lejos de ello, pero generosa y noble y abnegada hasta donde más no se pueda. No he vuelto a verla desde que, para casarme, salí de la oficina de *mister* Holmes donde ambas éramos tenedoras de libros. Más de doce años hace ya. Salí para Europa y a mi regreso, muchas amigas me visitaron; en cuanto a Alma, como si se la hubiera tragado la tierra.

—¡Oh!, la pobre vive al sur de la ciudad con unos parientes y lleva los libros en una licorería de los suburbios. Viene poco al centro y rara vez paga visitas.

—¿Es infeliz?

—No sabría decirlo: hace mucho ya que no habla de eso; pero encontró en su camino algo que... Vaya,

oigan ustedes y decidan después. Vale que no se trata de ningún secreto, porque él o lo dijo todo o permitió que la gente se lo leyera en la frente, que no en el corazón, pues lo que es corazón...

—¿Qué fue, pues, Bertha?

—Alma, usted lo ha dicho, no era hermosa ni de fisonomía atrayente. Tímida, por lo general, y reservada, a veces tenía osadías que pasmaban, porque ante todo, ser sincera y enseñar hasta la última celdilla de su cerebro y el más recóndito pliegue de su corazón, era para ella como un deber. En eso estuvo la equivocación. De ser recelosa e hipócrita, al menos nadie habría sabido el suceso; pero ¡vayan ustedes a fiarse de la discreción de un hombre cuando la vanidad está de por medio!

”¿Cómo fue que Alma conoció a *mister* Reginald Morton? Creo que en casa de una amiga, en el campo, durante unas vacaciones. Él era empleado en un banco y como la mayor parte de los empleados en los bancos, era inglés. Guapísimo, amiga mía, lo mejor de lo mejor como decimos por acá; inteligente, hermoso y fino hasta la cortesía más refinada; frío como todo el hielo que cae durante un siglo en la vieja Albión.

”Pasada la estación campestre, cada uno fue regresando a la ciudad a ocupar de nuevo su puesto en la dura banqueta de la lúgubre oficina, y a pasarse las

horas alegres del día trazando números sin fin, en los libretos de par en par abiertos bajo esos focos eléctricos que despedazan las retinas.

”Al principio las visitas de Morton a *miss* Hyer fueron bastante escasas; uno y otra solían encontrarse camino del restaurante, a la hora de almorzar; se sonreían y cada cual a su negocio, murmurando un ‘adiós’ soltado de prisa y con suma indiferencia.

”Él, en realidad, no tenía tiempo de qué disponer para sí propio: las labores del banco, con ser de una monotonía desesperante, había que sacrificarles todas las horas de luz. Para las de la noche quedaban el ejercicio, la gimnasia, la natación y, cuando sobraba tiempo, el club, el teatro, los amigos, la sociedad, en fin, y la vida.

”Para las existencias que se deslizan en el ocio y en los placeres, a la acariciadora luz de un sol rojo y fecundo, cuando se bebe a pasto aire bien oxigenado, ni los ejercicios corporales ni las excursiones campestres son de rigor para reparar el vigor orgánico; pero entre nosotros, el trabajo es potro a que estamos condenados a perpetuidad y éste nos aniquila. ¡Y ya saben ustedes lo que podemos esperar del sol de San Francisco! Me río yo de los calabozos de la Edad Media, cuando me cortan la respiración el tufo de los caloríferos a vapor y el aire infecto de los almacenes subterráneos.

”Resumidas las habituales tareas, *miss* Hyer y Morton se fueron estrechando sin saber cómo, hasta llegar a ser amigos íntimos. ¡Sobre que no había noche de Dios en que el inglés dejara de pasar una hora al lado de su amiga, con este o con el otro pretexto! Alma, aunque tenía padres, se lamentaba de ser sola en el mundo: divorciados aquellos desde muchos años atrás, habían vuelto a contraer segundas nupcias —primero ella que él— y ambos formaban separadamente hogar, en diferentes pueblos del país. La hija única se halló, pues, independiente, o por mejor decir, abandonada a los diecisiete años; y desde esa época desempeñaba la plaza de tenedora de libros en la misma casa de comercio, viviendo en pupilaje con unos viejos parientes de regular pasar, que atendieron a la desamparada criatura con paternal solicitud.

”En casa de esas buenas gentes fue donde Reginald Morton y Alma Hyer leyeron juntos en los mismos libros y presenciaron a través del mismo vidrio de la ventana los atrevimientos de tres dinastías de gorriones que se cruzaban en la banqueta con los transeúntes o jugaban a las escondidillas entre los ramos de las acacias alineadas al frente de la calle. Morton, con toda la dignidad de los hombres de su alcurnia, se desmoronaba en amables pero frías atenciones por la dama, abriendo, tal vez sin querer, en el corazón de la infeliz un surco desmedido.

Así corrieron los meses de tres años hasta que por fin Alma llegó a caer en la cuenta de que llevaba estampada la imagen de Morton en los corpúsculos de su ser, y que ya era tarde para oponerse a que él se adueñase de todo su albedrío si así le venía en voluntad hacerlo.

”A decir verdad, no era la primera ocasión que Alma se inclinaba al concierto de otro ser; pero sus sensaciones habían hasta entonces sido muy pasajeras, porque en su corazón noble y afectuoso no era bastante la reciprocidad en el amor; sentía como una imperiosa necesidad de rendirse solamente a un hombre superior en quien resaltaran cualidades morales que ella se habría esforzado en imbuirse. Abrigaba un anhelo de perfeccionamiento del que nunca llegaba a satisfacerse, pues a medida que su espíritu iba elevándose, a la callandita, nuevos deseos de mayor progreso la asaltaban, quedando siempre el ideal flotando ante sus ojos, pero lejos, muy lejos del alcance humano.

”Con todo, no se dejaba arrastrar por el viejo camino del idealismo erótico; dábase clara cuenta de lo que era el amor, de sus fines y de sus goces rápidos, no admitiendo el matrimonio como medio sino como punto de término; y para ello creía preciso que el compañero que se elige para compartir la existencia, fuese tal, que al mitigarse los ardores sensuales por la posesión o por la huida de la juventud, pudieran perdurar la noble esti-

mación y el respeto mutuos, como únicos y verdaderos lazos de la familia. Si los atractivos femeniles eran en Alma tan insignificantes que escaparan a la observación más sutil, mujer más ingenua y bondadosa no hubiera podido crear Dios. Su gran espíritu remachado de energía, y su corazón, abierto y anheloso por inspirar una vehemente pasión, no quedaban escondidos ni a los ojos de aquellos obcecados en encontrar sólo miserias y borrones en el alma humana.

”Dos o tres veces Alma había probado las mieles del amor, pronto diluidas en excesos imaginativos y agotadas después, por no hallar el ideal soñado. Adorar admirando, ennoblecerse, dignificarse, sentirse impulsada hacia el bien, eso, eso era el mito tras del cual su afán corría sin darle alcance; no cabían en su espíritu recto, ni el pensamiento venal ni el sensualismo impuro, sino como un mero accidente de la vida a dúo entre las especies, siendo la cabal unión psíquica y la armonía moral, el punto donde ella estribaba la razón y la dicha de vivir. Mas la voluptuosa sensación de la reciprocidad en el concepto del amor era reclamada como un estimulante para el sacrificio y como un lenitivo para el malestar, que en los organismos intactos van dejando las ansias carnales no satisfechas.

”En la Antigüedad, *miss* Hyer hubiera hallado su ideal en el gladiador, como en el guerrero en la Edad

Media o en el hombre docto en los tiempos modernos; pero en estos días angustiosos de un siglo que presume de haberlo alcanzado todo, cuando ella había cumplido más de treinta años en soledad contemplativa y sentía esterilizarse en el aislamiento lo mejor y más maduro de su existencia, no hubiera podido rendir su voluntad, sino ante un hombre valioso de veras: un escogido del Señor, de esos que comprenden los dolores humanos y los alivian y los consuelan. ¡Qué refrigeradora alegría la de compadecer a la pobre humanidad, enferma de la carcoma del desaliento!

”Y aquí vuelvo a decir, que en eso estuvo el mal. El amor, más que ciego, es imbécil; así es que Alma creyó encontrar el ideal soñado en Reginald Morton, y lo peor fue que nunca llegó a comprender qué lejos estaba el inglés de aquellos nobles sentimientos. Aunque tácitamente fue conformando su dócil albedrío al de su amigo, llegó un día en que ella se aventuró a hacer una minuciosa inquisición en el fondo de su pecho, y encontró en él muy acurrucadito al flemático mozo, hecho un dueño y señor de todo su ser. ¡Y qué día tan triste el de tales indagaciones! Llovía menudamente, y el viento quejumbroso con que empezaban a inaugurarse las tempestades del invierno, hacía retemblar los cristales de la ventana con monótono tictac, y a través del rayado oblicuo de la lluvia, se

veían flotar tristemente los lazos de un fúnebre moño que, fijo en el exterior de la puerta de una casa vecina, anunciaba la presencia de un cadáver de cuerpo presente. Personas de rostros afligidos entraban y salían a la casa del difunto; muchas llevaban artísticas piezas de flores figurando lirias, anclas, corazones o cruces. En una que representaba una losa sepulcral, había figurada con *daffodils*, esas florecillas que sólo viven tres semanas, la siguiente inscripción: ‘¡Hijo mío!’ Aquel hijo de veinte años, arrebatado por la consunción, era el único de una pobre viuda, que se miraba en el pedazo de sus entrañas. En un rincón del pórtico, el perro del que había traspasado los umbrales de la vida, dormitaba arrinconado y a ratos lanzaba aullidos lastimeros. Era la hora de ponerse el sol, pero ¡ay!, el sol no había aparecido por el cielo en los últimos tres días.

”Durante la velada, Alma creyó descubrir en su amigo no sé qué de tierno, en que jamás había reparado antes. Atraía en verdad la amabilidad cadenciosa de Morton, aun a los caracteres más agrios; había nacido para seducir corazones, y sin esforzarse, avasallaba. Alma se había dado por vencida y gozaba en su esclavitud. La lectura de esa noche fue en su mayor parte consagrada a Tennyson, el poeta favorito de Morton, quien recitaba dulcemente:

Nay, dearest, teach me how to hope,  
Or tell me how to die.<sup>4</sup>

”Y ¡oh contraste!, la tristeza de aquella tarde sin sol, crepúsculo brumoso en que la muerte visitaba las cercanías, en el corazón de Alma resonaba una música misteriosa, una bandada de pájaros que saludaban la llegada de la diosa primavera. ¡Qué importan todos los dolores de la vida a un corazón repleto de amor! Gratas fueron desde entonces las veladas del invierno cerca del fuego alegre, discutiendo acaloradamente o comentando un buen libro, del que quedaba siempre un punto a consultar para la noche siguiente. A veces las controversias eran sociales o religiosas, gastándose en ellas más sentimentalismo que erudición. Alma se complacía en quedar vencida por su inteligente adversario, el cual se manifestaba adorable en su comedimiento y pulcritud aristocrática, aunque siempre glacial sin afectación.

”La dulzura y la cortesía tranquila y correctísima de Reginald enfermaban de frío, si se estaba en capacidad de no dejarse arrebatado por sus encantos personales, y se le juzgaba serenamente desde un punto de vista exento de preocupaciones.

”Sucedió que una tarde de cuaresma, al ponerse el sol radiante y magnífico en la inmensidad del océa-

no, los dos amigos frente a la ventana, encuadrada en clemátides trepadoras, veían acostarse al astro lleno de majestad, como un verdadero rey de la creación. Las campanas de un lejano templo católico mandaban sus melancólicos sonidos, a través de la calma de la tarde, hasta aquella casita encaramada en la meseta de una loma, nido en la actualidad de purísimas y blancas ilusiones. Reginald cerró súbitamente el libro y dijo:

'—¿Qué significa ese doliente son en las iglesias romanas?

'—Esas campanas convocan a los fieles a rezar el rosario y a confesar sus pecados.

'—¡Confesar...! ¿Y de qué sirve el confesar? ¿Qué puede importar a un desconocido lo que hacemos y lo que sentimos?

'—Eso, amigo mío, paganamente hablando, sirve de gran consuelo. Confesar es aliviar el pecho de un dolor que corroe; es compartir con otro la carga que nos abrumba, es pedir a la experiencia un consejo; es suplicar a una voz amiga que nos acaricie y nos consuele... ¡Tristes de aquellos que no hallan en el mundo un hombro donde reclinar la cabeza y llorar a mares!

'—Pues, paganamente hablando, eso puede tenerse fuera del templo, sin oír toques lúgubres que inundan

de tristeza. La intervención de los extraños en los secretos de familia, juzgo que destruye el hogar. Suponga usted que marido y mujer confiesan con el mismo sacerdote que ambos le enteran de lo más recóndito; ¿qué queda, pues, de la santidad del hogar?

'—Si los secretos de los dos no son delitos, nada tienen que confiar al sacerdote; si lo son, ¿dónde está la santidad violada? Donde hay adulterio no hay hogar, donde hay engaño no existen sino la miseria y el pecado. Un confesor es un amigo y nada más.

'—Pues bien, todo aquel que tiene amigos puede confesar y ser consolado. ¿Usted, ha confesado alguna vez?

'—¿En el templo?... Sí.

'—¿Y en el seno de un amigo?

'—Jamás he creído encontrar uno a quien decirle cara a cara mis faltas sin meterle espanto.

'—¿Muchas iniquidades, Alma?

'—Quizá. O muchas desdichas.

'—A ver: yo soy su amigo y estoy dispuesto a oírla en confesión...

'—¿Y a consolar y a perdonar también?

'—A consolar y a perdonar también.

'—Desdichas, una sola: amar mucho.

'—¿Y las iniquidades, Alma?

'—Una sola también: decírselo a usted.

'—Amar... ¿A quién? La confesión entera...

'—Y franca y leal. A usted...'

”Un rayo que repentinamente hubiera rasgado el azul del cielo en clarísima noche de luna, no habría causado en la naturaleza asombro igual al que la irreflexiva confesión de Alma en el orgullo de Morton, quien, no obstante la tirantez de la situación, salió del embarazo con su habitual sangre fría. Mantúvose sereno y sonriente por algunos instantes; luego se levantó rítmicamente y en el más dulce tono respondió:

'—Pues, olvídeme usted, señorita. ¿Cuánto tiempo necesita usted para olvidarme?'

”Fue un latigazo descargado en carne viva. Ella al pronto quedó muda; después balbuceó algunas excusas y, ya con la fiebre de la vergüenza, rompió a hablar con la locuacidad del delirio. ¡Qué sarta de tonterías echó por aquella boca sin el freno de la razón! Habló la desdichada de un hilo, llegando a pensar que hasta los gorriercitos que tan ricamente picoteaban las azules clemátides de la ventana, se estarían burlando de ella a más y mejor. El sol continuó hundiéndose en una hoguera de nubes de escarlata y dejó al desaparecer una mancha negra. ¡Escarlata y negro, colores que

simbolizaban su vergüenza y el dolor inacabable que se le echaba encima con aniquiladora pesantez!

”Pígalión en presencia del corazón de mármol de Galatea, tenía al menos el derecho de reducirla a polvo; pero la pobre mujer, qué podía hacer ante aquella roca, ¡qué derecho tenía para amar ni para confiar el inmenso amor que había sido su regocijo y su alegría durante tantos meses!

”A no ser por los largos y silenciosos pasos con que el inglés medía la estancia, se le hubiera creído una estatua soberbia por su actitud arrogante y majestuosa. ¡Era el león acribillado por la furia de los insectos!

”Lo que siguió no puede describirse sin que la garganta rompa en sollozos: Morton, con frases muy pulidas, dio tres o cuatro evasivas a las explicaciones de Alma; frases de esas que no matan, porque la vergüenza y el dolor no matan nunca si a su auxilio no acuden la ruptura de una arteria o el aniquilamiento de una víscera.

”La despedida fue seca y lacónica. Reginald salió y ella no tuvo ni el desahogo de anegarse en lágrimas: las cobardes se habían evaporado de los ojos irritados y reseco. Cuando se halló en su cama para buscar en el benéfico sueño el reparador descanso que tanto necesitaba, destrenzó sus cabellos para arreglárselos como tenía costumbre hacerlo para dormir, y por la primera

vez vio con horror entre la negra mata algunos mechones blancos. Ahora lo comprendía todo.

”Las grandes crisis traen consigo reacciones imponentes. Para Alma, desde la terrible confesión, días y noches fueron sorbos de hiel que apurar sin descanso. El dolor no se conforma con ser insaciable, tiene que ser cruel, que revolcarse en su presa; y si a veces se hace más llevadero es para apretar en su tremendo rigor después. Y a todo esto hay que añadir la buena porción de ridículo con que se flagela al desgraciado cuyo infortunio no depende de una calamidad, de esas que afectan al común. Se deploran en colectividad los estragos de una guerra o de una peste; se compadece al que pierde un deudo querido o a quien por fuerza de la fatalidad cae agobiado por dolencias físicas; pero ¿qué puede esperar aquel cuya felicidad estriba en un mero detalle que para los otros nada significa? Un corazón que late sin querer, y que sin saber por qué se inclina bajo la mirada magnética de un ser a quien se le es completamente indiferente, no es acontecimiento que por vulgar interese a nadie, y sin embargo, ¿de qué vulgaridades no están hechas la felicidad y la desgracia?

”Bien comprendió Alma que lo mejor era poner fin a su trato con el inglés; pero el ‘qué dirán’, ese eterno censor, la detuvo. Las visitas de Morton fueron menos frecuentes y siempre ceremoniosas y tirantes; aunque

muy cohibida, ella aceptó la vergüenza como castigo de su indiscreción y adoptó, para recibir a su amigo, la reserva tardía que pudo haberla salvado del sonrojo. ¡Tiempos aquellos en que la confianza ingenua y la estimación respetuosa presidieron las veladas en las noches de invierno! Todo parecía decir adiós en contorno de aquella mujer desolada e inmensamente triste.

”Después de aquella inolvidable tarde de cuaresma, Alma recibió a Reginald como una docena de veces. Cada día más amable y dulce, se arqueaba el mozo ante las damas, dispuesto a todo servicio, pronto a proteger a los débiles y enclenques seres que no recibieron de la naturaleza privilegios efectivos y a quienes la sociedad exige energías imposibles.

”Venida la estación veraniega, Alma rehusó el permiso de dos semanas de vacaciones que anualmente sus patronos le concedían. La verdad es que no se sentía mal; por el contrario, la sacudida que, de corazón a cabeza la había arrojado en una atonía profunda, de la cual le parecía imposible quedar libre, había en cambio mejorado su sistema: ganaba en carnes de día en día y su color era más uniforme. Ni el más ligero achaque que rebajara su fuerza vital sustrayéndola siquiera por breve tiempo a aquella congoja inacabable. Caer mala de algo doloroso, ¡qué alivio tan inmenso! Abatido el cuerpo por la dolencia, no tendría vigor para sentir ni

en el torcedor del recuerdo, ni el incentivo de lo imposible, ni el bochorno de la vergüenza. Una calentura... ¡Qué alegría! ¡Qué cosa más sabrosa que el delirio para endulzarse la boca con un nombre querido que no se puede pronunciar en estado de razón sin inspirar lástima o desprecio!

”Resuelta a no salir de la ciudad, esperaba que su amigo viniera a despedirse para ir al veraneo, y así fue. Una noche, serena en lo que cabía y bastante plácida, el mozo vino a pedir a la señorita sus órdenes y a recibir su adiós. Era ordinariamente tan amable que ante sus correctísimos modales desaparecía toda la pena en que Alma quedaba sumida al ausentarse él. Inspiraba confianza por su suavidad y parecía como si mares de indulgencia le brotaran por los poros y le impulsaran a regar sobre los pecadores el refrigerante rocío del perdón. A esta flexibilidad insinuante obedeció la ingenua confesión de Alma, y también que todos sus propósitos de reserva se fuesen a pique en presencia del inglés.

’—Me marchó dentro de cuatro días. Si puedo hacer algo por usted...

’—A Cloverdale, como siempre ¿eh? Ay, el tiempo está hermosísimo allá, según me escriben.

’—Señorita, salgo el 18 para la América Central.

’—¡Ah!...’.

”Y no dijo más, su lengua estropajosa ensayó en vano una frase de parabién, pero por fin aquella no quiso o no pudo salir, y resultó esta tontería:

’—¡Lo siento en el alma!’.

”O Morton no la oyó o tuvo la generosidad de absolverla de la indiscreción. Se habló después de muchas cosas: de la fiebre amarilla que devasta aquellas tierras caldeadas por el sol de los trópicos;<sup>5</sup> de cómo librarse de la plaga de los mosquitos, y otras más. ¿Que el café era una riqueza?,<sup>6</sup> seguro, el porvenir de Centroamérica, como por aquí se estila decir. ¡Ah!, y las jaulas aquellas para desembarcar en Guatemala, ¡qué miedo causaría verse suspendido en ellas, a muchos pies sobre el mar! Un apretón de manos y adiós. Alma no faltaría a bordo el día de la partida; puesto que había renunciado a las vacaciones, fácil le sería obtener un día de asueto.

”Volando llegó el temido 18, día bochornoso en que el mercurio subió hasta ochenta y dos grados. El calor animaba y convertía en locuaces hasta a las personas más serias y perezosas en el hablar. *Miss Hyer* llegó a bordo del City of Sydney muy de mañanita: quería ser la primera en verlo todo. Sentada en la banca de la borda, con la cara vuelta a la mar, se entretuvo largo rato siguiendo el vuelo rampante de las gaviotas que se corta-

ban el camino en varias direcciones. Había reventazón y, a alguna distancia, el agua estaba gruesa y espumosa remedando un vellón; eso que llamamos *white caps*, que da mareos cuando se fija mucho la vista. Cuando menos lo pensaba, Alma se vio rodeada de un mundo de gente, algunos dispuestos a partir, y los más, acompañantes de los viajeros que iban a decirles adiós. Los que salían eran en gran número cosecheros hispanoamericanos, muchos de ellos hombres bastos y rudos, que después de haber gastado grandes sumas en parrandeos, volvían al hogar para llegar a tiempo de levantar por sí mismos la nueva cosecha, proponiéndose volver a las andadas el año venidero. Iban cargados de grandes paquetes de golosinas y chucherías compradas a última hora. La carga de exportación parecía no tener fin: ¡cómo aturdían con su rechinado las carretillas del alijo sin dejar oír los encargos y recomendaciones de los que se quedaban y las promesas y reiteros de cariño de los que iban a marchar!

”Morton y sus amigos —los que debían marchar también— habían recibido como regalo hermosos ramilletes, muchos de los cuales les fueron ofrecidos a bordo por las donantes en persona. Más de dos horas tardó en zarpar el vapor y durante ese tiempo no faltaron ni charla festiva ni palabras que sabían a gloria: promesas hechas de corazón como para amortiguar un poco el escozor de la despedida. Cuando se dio el toque

a despejo, fue una de besos y de abrazos que emocionaba. ¡Ay, quién sabía a cuantos de los que se marchaban les detendría la muerte en el camino!

”Reginald había dividido atenciones exquisitas y dedicado cumplimientos entre todas las amigas que lo acompañaban a la sazón y para todas tuvo un estrecho apretón de manos y un voto sincero por su dichoso porvenir. Pocos momentos conversó a solas con Alma, manifestándole cuánto placer le causaría hacer algo en servicio suyo. Díjole también cómo había logrado, por la mediación de un compatriota pudiente, el puesto de tenedor de libros en una hacienda de café donde iba a tener que sepultarse en vida. ¡Qué aburrimiento y qué tristezas le esperaban! ¿Volver a San Francisco? Ni por pienso. Nada tenía él que hacer aquí donde no dejaba familia. Escribir a los amigos, eso sí, pero regresar no era cosa que entrara en sus planes futuros. Si le iba mal pasaría a una colonia británica en América o regresaría a Europa. Llegó la hora fatal. Millares de gentes dejaban a diario el puerto para jamás volver y Alma, ¡tan fresca!, pero ahora la ausencia de un solo ser le hacía añicos el corazón. Reginald le tendió la mano y Alma dejó caer la suya, desmayada y yerta, soltando la última necesidad:

’—¡Ay, cuánto me duele que se vaya usted para siempre...!’. ”

”El inglés nada dijo y se separaron los dos cuando las últimas valijas del correo desaparecieron por la escotilla de la bodega. El gentío todo comenzó a descender y a poco se vio desprender el vapor, arrollando sus cables, con el capitán en la torre, majestuoso y magnífico como un rey del océano.

”Morton de pie junto a la borda, se dejó llevar sin una lágrima, sin un suspiro, sin una mirada siquiera para su compañera de tres años. ¡Y yo no estaba allí para ofrecer mi hombro a la infeliz y suplicarle que llorara a mares!”.

—¿Y no se ha sabido más de Morton? —preguntó la señora De Stevenson muy emocionada.

—Sí, se ha casado hace dos meses con la hija mayor de su patrón.

—¡Y para esos hombres no hay una horca...! —exclamé indignado.

—No —respondió *miss* Wilson apaciblemente—, para éstos hay una “finca de café” que acompaña la mano de la desposada.

—¿Y Reginald Morton...?

—Ha recibido la suya, ¡pues no faltaba más...!

*San Francisco, California, abril de 1896*

## NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de *La confesión de Alma* se publicó en *El Mundo Ilustrado* (t. I, núm. 17, 26 de abril de 1896). En una gacetilla del mismo día la revista apuntó: “Llamamos la atención de nuestros lectores hacia esta novela de la distinguida poetisa doña Laura Méndez de Cuenca, escrita especialmente para nuestra publicación, y que de San Francisco [California] nos fue enviada el mes actual” (p. 250). Carlos Alcalde (1871-1917) fue el ilustrador del texto.

Hasta hoy esta novela corta sólo se ha reimpresso en *Laura Méndez de Cuenca: Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*, selección y edición de Pablo Mora (2006) y en *Simplezas y otros cuentos*, volumen a cargo de Roberto Sánchez Sánchez (2010).

## LAURA MÉNDEZ DE CUENCA TRAZO BIOGRÁFICO

Laura Méndez de Cuenca (hacienda de Tamariz, Estado de México, 18 de agosto de 1853-Ciudad de México, 1.º de noviembre de 1928) fue poeta, narradora, educadora, viajera incansable por Estados Unidos y Europa; vida y obra son paradigmas de la modernidad finisecular. Publicó *Crónicas de Viaje* (1895-1910), novelas: *El espejo de Amarilis* (1902) y *Los Preciados* (circa 1926), cuentos: *Simplezas* (1910), *El hogar mexicano*. *Nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de Instrucción Primaria* (1907), y la biografía *Álvaro Obregón* (1919). En 2016, su obra fue recopilada por el Instituto de Investigaciones Filológicas, en coedición con el Fondo de Cultura Económica, en el libro *Impresiones de una mujer a solas: una antología general* (selección y estudio preliminar Pablo Mora); cinco años antes se habían publicado los tres tomos de *Laura Méndez de Cuenca: su herencia cultural* (coordinados por Milanda Bazant), impresos en 2011 bajo el sello de Siglo XXI.

## NOTAS

<sup>1</sup> La tragedia de William Shakespeare (1564-1616), *Julius Caesar* (1599), recrea la conspiración de Marco Bruto y Casio en contra del dictador romano; fue llevada a escena, en su versión estadounidense, por la compañía teatral de Wardes y James en el San Francisco's Baldwin Theatre, en la temporada invernal de 1895; para entonces Laura Méndez de Cuenca ya residía en San Francisco. Un año después, en este mismo escenario, se presentó la bailadora Isadora Duncan (1878-1927). Véase Susan Saperstein, "Isadora Duncan's San Francisco", *Guidelines*, San Francisco, California, San Francisco City Guides, <<https://bit.ly/38LovhU>>, [consulta: mayo de 2022]. Laura Méndez e Isadora se reencontraron una década después en Berlín. Laura apreció la innovación coreográfica de Isadora, aprecio que registró en varias crónicas de viaje que publicó en *El Imparcial* (1906-1910).

<sup>2</sup> La ópera *Martha* (1847), de Friedrich von Flotow (1812-1883), se representó en la Ciudad de México en los años 1860 y 1861 por las hermanas Inés y Fanny Natali, integrantes de la Compañía de la Steffennone. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, vol. I, México, Porrúa, 1961, p. 665.

Juventino Rosas se inscribió en el Conservatorio Nacional de México en 1885; fue autor de piezas musicales relevantes como *Sobre las olas* (1887), a la que sin duda alude la autora. “*Sobre las olas*, [originalmente *A la orilla del sauz*, y luego *Junto al manantial*], vals compuesto por Juventino Rosas entre 1885 y 1887, dedicado a su benefactora doña Calixto Gutiérrez de Alfaro, fue vendido por su autor a la casa editorial Wagner y Levien, junto con el chotis *Lazos de amor*, en cuarenta y cinco pesos, el 7 de febrero de 1888”. Véase Elvira López Aparicio, nota 6 al texto “Juventino Rosas”, en Manuel Gutiérrez Nájera, *Crónicas y artículos sobre teatro*, t. VI, Obras, vol. VIII, México, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 400.

<sup>3</sup> Oscar Wilde (1854-1900) viajó en 1882 a Estados Unidos y Canadá para impartir un ciclo de conferencias. *The Wasp*, un periódico de San Francisco, California, publicó el 31 de marzo el artículo “The Morden Messiah”, en el cual se ridiculizó a Wilde y la *Sunflower Aestheticism*. Véase Museum of the City of San Francisco, “Oscar Wilde, ‘The Modern Messiah’”, *The Virtual Museum of the City of San Francisco*, San Francisco, California, 1995-2017, <<https://bit.ly/2nFdB5t>>, [consulta: abril de 2018].

En México, las noticias que se tienen de la visita de Wilde a Nueva York se difunden, particularmente, a través de la publicación periódica *The Two Republics*. En uno de sus números, se lee lo siguiente acerca de la publicación de caricaturas sobre Wilde en *The Punch*: “Fue un golpe instantáneo, y la mordaz sátira de los dibujos se volvió universalmente conocida. Wilde no tardó en aprovecharse de la publicidad, y

se presentó el espectáculo de un hombre elevado a la popularidad a través del ridículo. No sólo eso, sino que una nueva escuela de arte y pensamiento había sido inaugurada bajo los mismo términos, y la gente ahora se glorifica haciéndose la tonta al imitar algo que no entiende” [traducción del editor]. Ex, “The Aesthetic Boom”, *The Two Republics*, vol. XV, núm. 47, México, 5 de febrero de 1882, p. 1. Disponible en: <<https://bit.ly/2lrPlgP>>, [consulta: abril de 2018].

<sup>4</sup> Alfred Tennyson (1809-1892), “Nay, la más querida, enséñame cómo esperar / o dime cómo morir” [trad. sin firma]. Los versos citados (9-10) pertenecen al poema “The Skip-ping-Rope” (1842).

<sup>5</sup> La fiebre amarilla o vómito negro. Enfermedad originada en zonas tropicales y transmitida por picaduras de mosquito. A lo largo de la historia ha adquirido la categoría de epidemia y diezmando la población de diversas comunidades. Justo Sierra escribió el cuento “La fiebre amarilla”, recogido en *Cuentos románticos* de 1896 —año de publicación de *La confesión de Alma*—, en el que relata una génesis fantástica de esta enfermedad. Véase Justo Sierra, “La fiebre amarilla”, *Cuentos románticos*, México, Imprenta de la Viuda de Charles Bouret, 1896, pp. 408-418.

<sup>6</sup> A finales del siglo XIX las zonas cafetaleras de México tuvieron un gran desarrollo. En los periódicos aparecían con regularidad artículos que hablaban de su cultivo, su cuidado y sus precios, pero, sobre todo, del futuro prometedor que estas plantaciones ofrecían a la economía nacional. El impulso que dicho producto recibió se debió, en gran medida, a las inversiones de empresarios estadounidenses. Historias como la

siguiente eran comunes: “La pequeña colonia de americanos que está cultivando café en las márgenes del río de Metlatoyuca en México, vendrá pronto á aumentarse con seis hijos de Saint Louis. [...] El país despertó su interés, viendo su fertilidad y recursos [...]. Son estos señores, Julius L. Bradley, granero; J. W. Bradley, su hijo, también granero; H. M. Hughes, jornalero empleado con Julius L. Bradley; William E. Becker, agente viajero de la compañía de pinturas A. N. Nelson y A. J. Johns, maestro pintor”. Véase Saint Louis Globe-Democrat, “El cultivo del café”, *La Tierra*, México, 31 de marzo de 1896, p. 186. Disponible en: <<https://bit.ly/2m6mTqD>>, [consulta: abril de 2018].

*La confesión de Alma* se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 4 de octubre de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.